sobre los individuos y los pueblos? ¿recibiria su Gefe visible los tributos de incomparable respeto de todos los Soberanos católicos, privado de esa eminencia en que le coloca su carácter de Soberano temporal? ¿no seria solicitado tenazmente por miras diversas y aun contrarias como súbdito temporal, sin embargo de la supremacía que tiene en el órden espiritual como Vicario de Jesucristo? Su poder para llamar al órden las sociedades extraviadas en su marcha religiosa y amonestar dignamente aun á los mismos Soberanos en lo de su resorte, como Padre comun de los fieles, ¿no tendria que luchar con dificultades mayores que hasta aquí en la clase de súbdito civil? Y aun aquel ascendiente suyo sobre la inmensa multitud de los fieles, ¿no rebajaria un algo, si su palabra dogmática, moral y canónica fuese pronunciada en medio de esas crísis consiguientes á la coaccion que mas de una vez han hecho los Reyes á los Pontífices.....? Luego nada es tan claro y manifiesto como el influjo de la soberanía temporal en la soberanía espiritual; y por una razon contraria, nada seria tan probable como los quebrantos de ésta, no en su esencia, pero sí en su ejercicio, en su accion y en sus efectos por la desaparicion de aquella.

Pero qué! ¿únicamente á la soberanía espiritual,

al dominio de la religion, á la dignidad Suprema de la Iglesia de Dios deben poner alarmas los intentos horribles de esta revolucion que comienza su obra hiriendo lo mas débil segun el mundo? No, amados hijos; este golpe directo á la institucion religiosa prepara un golpe reflejo á la institucion política, es decir: compromete la paz de Europa y aun la marcha social del mundo católico.

IV.

Si consultáis, amados hijos, la historia; si estudiando con atencion los hechos que refiere, subís hasta las causas que han producido en el mundo político esas revoluciones científicas, morales y sociales que, comenzando por afectar la opinion y continuando por modificar las costumbres, han acabado por trasformar enteramente la faz política de los pueblos; no andaréis mucho sin descubrir en la civilizacion producida por el cristianismo, el secreto de estos cambios felices, el sello de esta sociedad moderna que, á pesar de sus conmociones y extravíos, no ha podido perder su filiacion. Veréis ademas que el cristianismo ha influido, no solo por la simple predicacion de su doctrina, sino por la ac-

cion permanente de su ministerio; que este ministerio ha producido sus frutos desde que se estableció la paz, mediante la conversion de Constantino, en la misma proporcion con que ha poseido su independencia externa; que esta independencia nunca fué mayor que cuando el Soberano de la Iglesia lo fué tambien de un Estado político; y que esa soberanía, incapaz de inspirar recelo alguno á las otras ya instituidas, ha debido ser para ellas una necesidad social de primer órden.

"El reino temporal del Papa, deciamos en otra vez [1] á este mismo propósito, no es una institucion divina, porque este es privilegio exclusivo de la Iglesia; pero es una institucion providencial, necesaria en las sociedades modernas, puesto que ella es la que representa socialmente la permanencia organizada de sus principios conservadores."

"Desde que el catolicismo fué ya un hecho consumado en el Universo, el principio de la fe encarnó en la inteligencia, el de la gracia en la voluntad, el de la Providencia en el órden; porque ó se respetaban estos principios, ó la anarquía debia ser el estado normal de la sociedad, puesto que habia católicos en todo el mundo."

1 El año de 1850 en nuestro sermon de accion de gracias por el regreso de nuestro Santísimo Padre á Roma.

"Los elementos del órden, católicos, no pueden combinarse hoi, dígase lo que se quiera, sino en la universalidad subordinada constantemente á la unidad, y esto es precisamente lo que distingue las sociedades modernas de las sociedades antiguas. Nunca estas formaron un cuerpo, bien lo sabéis; porque nunca tuvieron un espíritu que á todas las animase. Escoged una centuria..... cualquiera, la que queráis, en las épocas anteriores al cristianismo, y no formaréis un todo, sino solo en vuestra fantasía. Del cristianismo acá, principalmente cuando él hubo difundídose por el orbe, el género humano no ha podido ser heterogéneo en su mayoría, es decir, en su parte civilizada, porque obraba por su civilizacion y segun su civilizacion. Obraba pues, segun el principio que le hubo civilizado; se movia, aun sin apercibirse, por el catolicismo, que es el que ha civilizado al mundo. Si el mundo, como el hijo pródigo, ha recogido varias veces el rico patrimonio, para irse á lejanas tierras; si en otras tantas ha disipado en los desórdenes de su vida social toda la rica herencia; si mil veces ha tenido que servir á un tirano, por no servir á un padre, y preferido sobre el alimento sano de la doctrina católica las bellotas inmundas de una filosofía bastarda; si nunca se ha juzgado mas glo-

rioso algunas veces, que mintiendo á su nobilísima estirpe; de ello no tiene la culpa el padre que le crió, porque los desastres del mundo moral, reflectando siempre sobre las voluntades extraviadas por una libertad abusiva, no pueden volverse al cielo sino para entrar al abismo por la justicia, ó volver á la nada por la misericordia."

"..... El mundo de hoi es otro: sus esfuerzos por el cisma no le librarán jamás de la unidad de su naturaleza. Las naciones de hoi parecen los miembros de un mismo cuerpo; y al ver esa multitud de afinidades que se desarrollan constantemente sobre la vida social, reconocemos, al través de las diferentes formas con que se presenta cada Estado político, una cierta expresion de familia: sospechamos que corre por ellas la misma sangre; y,..... no es un asospecha, sino una realidad: corre por ellas la sangre de Jesucristo."

"El catolicismo, crió pues, una condicion esencialísima de conservacion para la sociedad moderna. Esta, por la lei de su naturaleza progresiva y perfectamente desarrollada, es política, y no puede ser otra cosa, así como la religion es católica, y no puede ser otra cosa: lo político y lo católico son dos ideas paralelas, y que han de marchar siempre

paralelas, quiérase ó no: porque el movimiento de las ideas y la fuerza expansiva de las cosas son independientes de la voluntad humana. No está en la mano de nadie quitar á la sociedad un solo atributo de los que la constituyen. ¿En el estado actual de su desarrollo es política? No temáis que deje de serlo, porque no debéis temer que vuelva á la infancia. ¿Por la naturaleza de sus relaciones es religiosa? Dejad, pues, á los atéos y á los deistas que se diviertan con sus delirios, ó mas bien, encomendadles á Dios; pero no temáis que deje de serlo. ¿Qué veis en la infancia del mundo? El órden doméstico en la sociedad patriarcal, lei de la naturaleza, religion natural, sociedad de familia. ¿Qué en su juventud? lei escrita de un lado, códigos imperfectos de otro, sociedad puramente civil: órden simbólico y figurativo en las altas revelaciones del culto judío; politeismo, es decir; falsas formas de la idea religiosa en el mundo gentil: en suma, heterogeneidad en el mundo religioso y político. ¿Qué, por último, en la madurez presente del género humano? y no olvidéis que os hablo del carácter del conjunto, desdeñando los pormenores: ¿qué? sociedad política y religion católica. Católico es lo universal en la idea religiosa; político es lo universal en la idea social. ¿En qué venimos, pues, á parar?

En que á pesar de la lucha de las doctrinas, del debate de las opiniones, del choque de los intereses, de la multiplicidad y multiformidad de las teorías, de la pluma y de la sangre, de los propagadores entusiastas y de los falsos profetas, el mundo levanta la cabeza, sigue andando, y continúa su antigua, su irresistible marcha, mostrándose en sus colosales dimensiones *católico y político.*"

Siendo esto cierto, visto es que la vocacion de la sociedad moderna es precisamente la unidad política y universal, y por lo mismo todo aquello que conspira contra esta unidad política es un mal, así como todo aquello que se dirige á conservarla, estrecharla y fortalecerla es un bien. Segun esto, ¿dónde está, os preguntarémos, la fuente de bien y la fuente del mal para el mundo político? En la unidad la primera, y en la anarquía la segunda. ¿Cómo asegurar la unidad? Por medio de los pactos libres, dicen los políticos de hoi: por el gobierno de la razon católica, dice la Iglesia. Esto quiere decir que si principios mas altos no gobiernan la razon comun, y leyes superiores á la sociedad misma no sirven de norma para la marcha política de los pueblos, todo es perdido, y la sociedad en vez de progresar á la perfeccion de sus altos destinos, retrocede infaliblemente.

¿Fué por ventura desconocido en las sociedades paganas el medio de los pactos libres para lograr las ventajas de la unidad y aumentar los recursos de la fuerza? No lo fué, y nada mas comun en su historia que las alianzas y tratados. Y con todo eso, ¿lograron la perfeccion social? ¿Hubo entonces, propiamente hablando, sociedad política? ¿Se llegó acaso á tener un derecho comun que rigiese á sociedades independientes? ¿No fué necesario dar ese atributo al derecho de la antigua Roma por medio de la fuerza y la conquista? ¿Cómo pues todo cambió con el Evangelio y se instituyó y conservó por la Iglesia? Ya lo hemos dicho: porque la razon se sometió al dominio de la fe, la voluntad entró en el reino de la gracia, y la política, reduciéndose á sus justos límites, dirigió el curso de los acontecimientos, sin desconocer en la conservacion del órden público, la vigilancia y accion expansiva de la Providencia.

¿Queréis, amados hijos, ver confirmadas estas ideas con el testimonio irrecusable que dan los grandes hechos? Considerad el efecto instantáneo producido en la sociedad política por el simple hecho de la conversion del imperio y de su concordia con el sacerdocio, y esto bastará, no hai que dudarlo, para dar el lleno á la demostracion.

"Desde que la Iglesia se unió con el Estado, cam-

bió totalmente el aspecto de la política. Hasta entonces no habia contado ésta sino con recursos puramente humanos, recursos cuya extrema limitacion es un hecho que no ha podido desconocer ni aun la filosofía mas presuntuosa. El entusiasmo público ó la victoria determinaban el establecimiento de los soberanos, la fuerza física era su principal apoyo; y como esta nunca puede llegar á triunfar para siempre de la opinion, sucedia regularmente que nada era tan precario como el mando y la obediencia en los diferentes pueblos de la antigüedad pagana. La opinion pública y la fuerza física se hallaban de continuo en un estado violento: la primera, atenta únicamente á los males que causaba la opresion, buscaba tan solo la libertad; la segunda, empleada con el objeto exclusivo de sostener el poder, no se proponia de ordinario sino continuar la opresion. ¿Qué debia resultar de aquí? Lo que en efecto sucedió: pueblos y gobiernos, siempre alternando de extremo en extremo, no acertaron jamas con el medio, y por tanto, la democracia fué casi siempre precursora de la anarquía, la aristocracia degeneraba fácilmente en consejo de tiranos, y las antiguas sociedades fueron las víctimas, unas veces del desenfreno de las masas, otras del pesado y cruel despotismo de sus reyes.

"¿Qué era, pues, necesario para evitar estos extremos y asegurar á las naciones bienes mas duraderos y mas sólidos? Era necesario nada ménos que consagrar con una mision mas alta la accion de los gobiernos, y asegurar con una sancion mas eficaz la obediencia de los pueblos. Hé aquí la obra de la Iglesia. Ella dijo á éstos: "Obedeced á vuestros soberanos, no solo por el temor de su indignacion, sino tambien por la quietud de vuestra conciencia;" y á los gobiernos: "Vosotros sois los ministros de Dios para el bien." He aquí todas las garantías sociales: la obediencia ennoblecida, santificada, y por lo mismo duradera, el mando ejercido real y verdaderamente á nombre del cielo, y ofreciéndose á la tierra como la accion benigna, suave y religiosa de un padre comun.

"La Iglesia formaba las costumbres; el Estado dictaba las leyes: el poder temporal obraba sobre las masas; el espiritual sobre las conciencias: el primero se dirigia á la sociedad; el segundo gobernaba al individuo: el primero definia la felicidad pública; el segundo la realizaba. Cada ministro de la Iglesia era un agente de la sociedad, y un agente tanto mas eficaz, cuanto que, dueño del secreto del corazon, no estaba reducido á las acciones externas, por hallarse sujeto á su dominio cuanto se encubre

allá en las regiones ocultas del pensamiento. ¿Qué debia resultar de aquí? La educacion religiosa prevenia y consumaba tambien la educacion social: la Iglesia recibia al niño en sus brazos, contenia la impetuosidad del jóven, fijaba las ideas del hombre maduro y rodeaba de respetos y veneracion á la ancianidad: su espíritu se hallaba igualmente en el seno de las familias y en el cuerpo de las naciones: moderaba la victoria, y hacia respetar al vencido: templaba la ferocidad del guerrero, y alentaba tambien el espíritu abatido del soldado: dió á la guerra el heroismo noble y caballeresco que no conocieron los siglos del paganismo; dió á la paz esa fecundidad prodigiosa que derrama por todas partes los bienes."

"No multiplicaremos los ejemplos: basta saber que la política se revistió de formas nuevas casi desde los primeros albores del cristianismo; y que desde que el mundo fué cristiano, las naciones tuvieron un Derecho político, las máximas de la caridad penetraron en el campo de la guerra, y los pueblos y los gobiernos reconocieron ya principios estables de organizacion, y pudieron aproximarse á los bienes inapreciables que están unidos al establecimiento de la sociedad." [1]

1 Tomado de nuestra obra intitulada: "Exámen filosófico sobre las relaciones del órden natural y el sobrenatural, ya entre sí, ya con la perfeccion intelectual, moral y social de la especie humana." *Parte primera, Cap. XVIII.* (Extracto.)

Otros han sido pues los elementos de órden y conservacion en la sociedad moderna, otras las garantías de la libertad, otros los vínculos de union para los Estados independientes y soberanos: la fe, la gracia, la autoridad. Pero estos elementos no son, bien lo sabéis, del resorte de los poderes públicos del Estado, sino de la competencia exclusiva del ministerio católico. Esles necesario, por lo mismo, para conservar su accion, en pro del mundo político, á salvo de los extravíos de la inteligencia, del furor de las pasiones, de la opresion del poder y del desenfreno de las masas, tener una institucion divina, fuerte, visible y soberana en la tierra. Esta institucion existe; ya la conocéis; es la Iglesia católica, maestra de la fe, regla de las costumbres, juez de la conducta, dispensadora única de la felicidad. Cierto es que ella no ha venido de este mundo, ni están aquí tampoco los fines últimos de su institucion divina: viene de Dios, hácia Dios camina, y á Dios conduce cuando cae bajo su pensamiento y se coloca bajo su accion. Pero está en la tierra, en la tierra obra, con los hombres se entiende, á su pensamiento se dirige, sobre su conducta decide, sus

destinos fija. Y todo esto lo hace, presentando con una de sus manos el esplendor de la fe, mostrando con la otra la prescripcion de la lei, brindando con ambas los socorros de la gracia, y asociando á su pensamiento eterno el movimiento intelectual, moral y social de todo el Universo. ¡Admirable concierto, que mas de una vez ha inclinado en su presencia la razon orgullosa de los pensadores del siglo!

Pero esta institucion de verdad, de virtud y de órden, aunque no puede ser destruida por la mano del hombre, puede ser sí, ha sido en efecto, y nunca dejará de ser agitada por ella. Sus trabajos no la vienen de su orígen ni tampoco de sus aspiraciones á su fin, sino solo de su travesía por la tierra. Padece y sufre, no porque viene de Dios y á Dios conduce, sino porque aquí reside y aquí muestra sus títulos, defiende su autoridad y trabaja infatigablemente por salvar á los individuos y á los pueblos. La verdad, pues, la justicia y el órden en la marcha política de los pueblos, pedian un poco mas de lo que Dios las dió al instituirlas; pedian una soberanía temporal, una independencia de hecho para favorecer á la misma sociedad. Esta soberanía temporal, esta independencia de hecho consisten, como lo veis, en que el Gefe Supremo de la

Iglesia católica no sea súbdito de ningun Estado civil, en que á la supremacía universal de su principado divino uniese la igualdad política de su principado político.

¿Cómo pues, amados hijos, sufriria un golpe de exterminio el poder temporal del Sumo Pontífice, sin que tal sacudimiento no conmoviese profundamente todo el mundo político? ¿Os parece que tan fácilmente podrian rehacerse las sociedades al paso mismo que se arruinaba la institucion temporal depositaria de los principios sociales, reguladora del movimiento moral de todo el orbe, sin la cual aquellos principios llegarian á ser presa de las teorías avanzadas, de los sistemas absurdos, y lo que es mas, de esa conspiracion viva y universal que no atenta contra el magisterio divino y autoridad soberana de la Iglesia católica en el órden temporal, sino para destruir totalmente las bases antiguas, sólidas y cardinales de la sociedad política? Increible se hace, por cierto, que esta revolucion, enmascarada con una faz puramente local, haya podido fascinar á los mismos soberanos hasta el extremo de hallar, aquí una generosa acogida, allá un instrumento real de accion permanente. Mas es preciso desengañarnos, es indispensable reconocer que la revolucion, ni es reciente, ni es local. Cuenta ya

mucho tiempo, tiene agentes en todo el mundo, y al través de la diversidad de sus planes en cada pueblo, conserva, defiende y á todo trance salva la unidad de su pensamiento fundamental. Esta revolucion obra sobre todo, y no hai objeto alguno para el pensamiento y para la accion que haya quedado fuera de sus miras: su nomenclatura varía; pero su pensamiento no pierde la antigua filiacion. En todos tiempos ha conspirado contra la verdad instituida, pero revistiéndose de diverso carácter, pues en los primeros siglos se llamó *herejía*, en el décimosexto se llamó *reforma;* en el décimoctavo se llamó *filosofía*, en el nuestro se llama *progreso*. En todos tiempos las virtudes sociales han sido vivamente combatidas, pero con diferencias análogas á las que vemos en la lucha del error contra la verdad; y en todos tiempos ha sucedido que al descargarse el golpe directo sobre la institucion católica, se ha visto al mundo político sufrir las últimas convulsiones de un moribundo.

¿Qué sucedió á la sociedad general en los siglos de las herejías? Estas, dice Chateaubriand, "debi-
" litaron al mundo romano: los monges arrianos
" abrieron la Grecia á los Godos; los Donatistas, la
" Africa á los Vándalos; y los mismos católicos, pa-
" ra librarse de la opresion de los Arrianos, se vie-

" ron en el caso de entregar la Gaula á los Fran-
" cos."

¿Y el protestantismo? "Ningun pueblo católico, dice un escritor, soportaria lo que soporta el pueblo inglés de la tiranía industrial, que para saciar su codicia, ha reducido, no es mucho decir, á una esclavitud real una parte de la poblacion. En esta *tierra clásica de la libertad*, cien mil personas embarazan habitualmente las prisioness, miéntras el resto, contenido por leyes de hierro, vive ó muere al capricho de los señores, de quienes depende así en el trabajo como en la recompensa de su trabajo la clase que no posee nada. Cuando á la faz del lujo y la opulencia el hambre siega por millares á los pobres, el gobierno arrojándoles con una mano el pedazo de pan legal, y mostrándoles el sable con la otra, les dice: ¿qué mas pedís?"

En cuanto al siglo XVIII, nos basta señalar esa catástrofe inmensa donde todo quedó inmolado á nombre de la razon, á nombre de la libertad, á nombre del derecho. "Tan luego como estalló la revolucion en Francia, dice Bonald, todo el poder civil, es decir, conservador de los hombres y de las propiedades, cesó en el Estado: se levantó sobre toda esta nacion bajo el nombre de *gobierno revolucionario*, un poder esencialmente destructor, que some-

tió el desórden á reglas, constituyó la opresion y destruyó *legalmente* los hombres y las cosas." [1]

¿Y qué dirémos de nuestro siglo? Recordar no más, que en él han tomado vida el socialismo y comunismo en el órden político, así como la indiferencia, en el órden religioso; que la revolucion ha formulado su pensamiento en el progreso material, así como la política se ha fijado por punto de perfeccion el desarrollo y equilibrio de los intereses materiales; y por último, que sus inventos para derrocar gobiernos sorprenden por su celeridad tanto como por la vida transitoria de lo que instituyen: es un diorama contínuo en que todo pasa divirtiendo y destruyendo al mismo tiempo.

¿Qué oponer, pues, no solo en los Estados pontificios, no solo en la Italia, sino en Europa y en el mundo á este torrente salido de madre que todo lo desquicia, todo lo asola, y nada deja en pié? La reaccion religiosa y moral del Evangelio sobre los pueblos, atraidos con el espectáculo de los goces materiales, con la lisonja de las teorías que les dan cierta especie de omnipotencia, con la destruccion de esos diques levantados por el mismo Jesucristo y sostenidos á costa y costa por diez y ocho siglos

1 Leg. prim. Disc. prel., pag. 168, ed. de Paris de 1829.

contra el curso frenético de la razon, el desenfreno de la libertad y los abusos del poder. Si el catolicismo con todas sus instituciones ya divinas, ya providenciales, y por consiguiente, con la soberanía espiritual y el principado civil de su Gefe, no salva al mundo, estad seguros, amados hijos, que todo es perdido. Por esto hemos dicho que al atentarse sobre el poder temporal de los Papas, no quedan mui á salvo, sino en el mas inminente riesgo, el sistema político de la Europa y aun la marcha social de todos los pueblos católicos.

V.

Os hemos ofrecido para concluir, amados hijos, deciros algo sobre los motivos que impulsan esas revoluciones, que han tendido y tienden á destruir enteramente la soberanía temporal de los Papas. Mas en este punto es indispensable andar con alguna cautela, y sobre todo, no fiarse de los discursos con que los autores de ellas pretenden justificarlas. Si escucháis lo que dicen, tendréis que admirar la nobleza de sus miras, la rectitud de sus intenciones y el carácter humanitario de sus sentimientos; pero si consideráis lo que hacen, quedaréis pene-